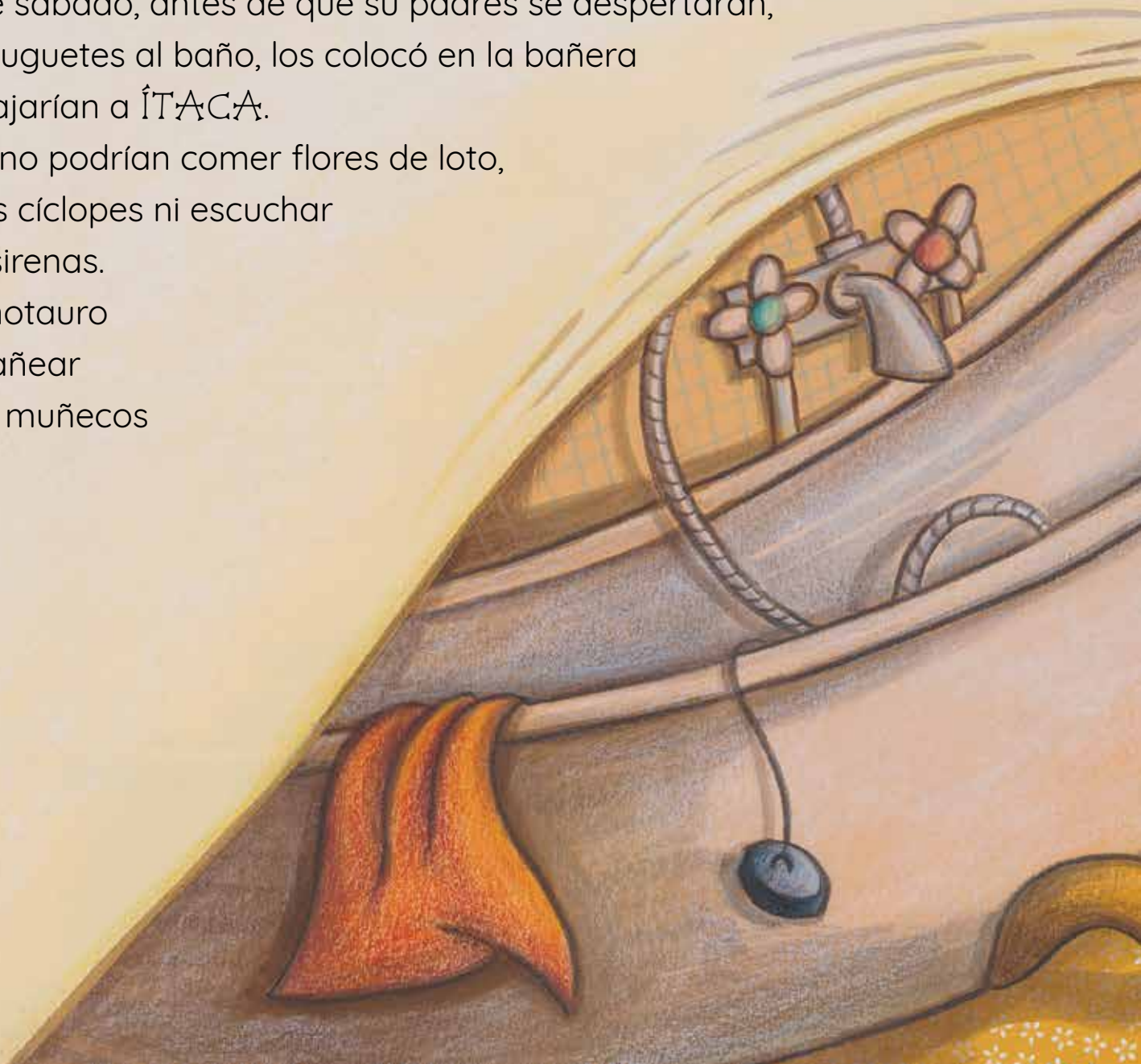


Una mañana de sábado, antes de que su padres se despertaran, Ulises llevó sus juguetes al baño, los colocó en la bañera y les dijo que viajarían a ÍTACA. Les explicó que no podrían comer flores de loto, ni molestar a los cíclopes ni escuchar el canto de las sirenas. Su pequeño minotauro lo miró sin pestañear y el resto de los muñecos guardó silencio.





El niño se puso su flotador,  
colocó un pequeño  
remo al lado de la bañera,  
abrió el grifo del lavamanos,  
se sentó con sus juguetes  
dentro de la tina y esperó.  
Cuando el agua alcanzó  
el piso, se formó un lago  
que creció hasta convertirse  
en un río que se llevó  
la bañera a través de la casa,  
hacia el jardín,  
donde los gnomos de piedra  
flotaban con sus rostros  
dirigidos al cielo.







Ulises fue mostrando el barrio cubierto de agua a sus juguetes.

Los vecinos y las vecinas estaban encima de los techos, secando los televisores que habían rescatado de la inundación. Los gatos del vecindario los miraban pasar desde las copas de los árboles y los peces dorados nadaban, agradecidos, fuera de sus peceras.

Una hilera de automóviles que migraban hacia el sur se puso detrás de la bañera; juntos siguieron la ruta del gran río que se alejaba de las casas.

